

CAPITULO III.

Así cayó de pronto nuestra ala izquierda. En nuestra ala derecha, por el lado de los Austriacos, á quienes retenia una alianza bien cimentada, nacion flemática, y que una restricta aristocracia, gobierna despóticamente, no habia nada que temer de repentino. Aquella ala se separaba de nosotros, pero insensiblemente, y en la forma que su posicion política exigia.

Schwartzemberg estaba el 10 de diciembre en Slonim, presentando sucesivamente vanguardias hácia Minsk, Nowogrodeck y Bielitz. Se hallaba persuadido todavía de que los Rusos derrotados huian á la vista de Napoleon, cuando supo á un mismo tiempo la partida del emperador y la destruccion del ejército grande, pero

vagamente, de modo que permaneció sin direccion por algun tiempo.

En su embarazo se dirigió al embajador frances en Varsovia. Este ministro le autorizó con su respuesta, á no sacrificar ni siquiera un solo hombre mas. « Se retiró pues, el 14 de diciembre, de Slonim hácia Bialystock; y una instruccion de Murat, que le llegó en medio de este movimiento, se halló conforme con él.

Una orden de Alejandro suspendió hácia el 12 de diciembre las hostilidades en aquel punto; y como los intereses de los Rusos concordaban con los de los Austriacos, se entendieron bien presto entre sí. Concluyóse un armisticio movable á que Murat dió su aprobacion. El general ruso y Schwartzemberg debian maniobrar el uno delante del otro, el ruso sobre la ofensiva, el austriaco sobre la defensiva, pero sin llegar á las manos.

El cuerpo de Regnier, reducido á diez mil hombres, no estaba comprendido en

aquel ajuste, pero obediendo Schwartzemberg á las circunstancias, perseveró en su lealtad. Dió cuenta de todo al gefe del egército, cubrió con sus tropas austriacas todo el frente de la línea francesa, y la preservó. Este príncipe no usó de condescendencias con el enemigo, ni le creyó sobre su dicho, y á cada posicion que iba á ceder, quiso asegurarse por sus propios ojos de que no la abandonaba mas que á una fuerza superior y pronta á hacerle guerra. En esta forma llegó al Bug y Narew, y de Nur á Ostrolenka, en que se suspendió la guerra.

Cubria así Varsovia, cuando en 22 de enero le mandó su gobierno que abandonara el Gran-ducado, separara su retirada de la Regnier, y se volviera á Galicia. Schwartzemberg no obedeció mas que lentamente á esta instruccion; se resistió á las egecutivas solicitudes y formidables maniobras de Miloradowitch, hasta el 25 de enero; y aun entonces efectuó su retirada hácia Varsovia con tanta detencion,

que los hospitales franceses y una crecida parte de los almacenes pudieron evacuarse. Fué causa finalmente de que los Varsovianos obtuvieran una capitulacion mas favorable que lo que ellos osaban esperar. Aun hizo mas: á pesar de que aquella ciudad debia entregarse el 5 de febrero, no la cedió hasta el 8, con lo que proporcionó á Regnier tres jornadas de delantera sobre los Rusos.

Es verdad que alcanzaron y sorprendieron despues á Regnier en Kalisch, pero fué á causa de haberse detenido por mucho tiempo á proteger la huida de muchos depósitos polacos. En su primer desorden originado de aquel ataque imprevisto, una division sajona se halló separada del cuerpo frances, y se retiró hácia las tropas de Schwartzemberg; este la acogió bien, le dió paso la Austria, y la devolvió al egército grande hácia Dresde.

Sin embargo, en Koenigsberg, en donde Murat se hallaba todavia, se ignoraba el 1º de enero de 1813, la deserccion de los

Prusianos y lo que la Austria tramaba; cuando de repente el despacho de Macdonald y el levantamiento de los Kœnigsbergenses, dieron á conocer el principio de una desercion, cuyas consecuencias no era posible prever. La consternacion fué grande. No se reprimió al principio la sedicion mas que con representaciones, que Ney mudó bien pronto en amenazas. Murat precipitó su partida para Elbing. Diez mil enfermos y heridos embarazaban Kœnigsberg: los mas fuéron abandonados á la generosidad de sus enemigos, pero algunos prisioneros que se escaparon, aseguraron que muchos de sus compañeros de infortunio, fueron muertos atrocemente y arrojados por las ventanas al medio de las calles, que aun pusieron fuego á un hospital que encerraba muchos centenares de enfermos, y acusaron de estos horrores á los habitantes.

Por otra parte, habian perecido ya en Vilna mas de diez y seis mil prisioneros nuestros. El convento de San Basilio ha-

bia encerrado su mayor número, en él no habian recibido, desde el 10 hasta el 23 de diciembre, mas que algunas galletas: por lo demas, no les habian dado un pedazo de leña ni una gota de agua. La nieve de los patios ya cubierta de cadáveres, apagó la ardiente sed de los que sobrevivian. Habian arrojado por las ventanas aquellos muertos que no podian caber ya en los corredores, escaleras, ó amontonamientos de cadáveres que se habian formado en todas las salas. Los nuevos prisioneros que se descubrian á cada instante, eran precipitados en esta horrible mansion.

Unicamente la llegada del emperador Alejandro y su hermano suspendió estas abominaciones. Hacia trece dias que duraban; y si se escaparon algunos centenares de nuestros veinte mil desgraciados compañeros de armas prisioneros, debieron su salud á estos dos príncipes. Pero las infectas exhalaciones de tantos cadáveres habian engendrado ya una cruel

epidemia, la cual se extendió á los vencedores y nos vengó. Aquellos Rusos vivian sin embargo en la abundancia, no se habian destruido nuestros almacenes de Smorgony y Vilna, y debian hallar ademas inmensos repuestos de víveres persiguiendo nuestra derrota.

Entre tanto, destacado Wittgenstein contra Macdonald, habia bajado el Niemen; Tchitchacof y Platof, habian seguido á Murat hácia Kowno, Wilkowsky é Insteburgo, pero este almirante fué enviado bien presto hácia Thom. Ultimamente, Alejandro y Kutusof llegaron el 9 de enero á Merecz, sobre el Niemen. Dispuesto allí el emperador de Russia á pasar su frontera, dirigió á sus tropas una proclama enteramente cargada de imágenes, comparaciones, y especialmente de alabanzas que el invierno merecia todavía mas que su ejército.

CAPITULO XI.

No llegaron los Rusos al Vístula, hasta el 22 de enero y siguientes días. Durante una marcha tan espaciosa, y desde el 3 al 11 de enero, habia permanecida Murat en Elbing. En aquella extremada situacion, fluctuaba acá y allá este príncipe á la voluntad de los elementos que fermentaban á su lado; los que tan pronto elevaban sus esperanzas hasta las estrellas, como le despeñaban en un océano de zozobras.

Acababa de huir de Kœnigsberg en un completo estado de desaliento, cuando aquella suspension en la marcha de los Rusos, y la reunion de Macdonald con Heudelet y Cavaignac, que habia duplicado las fuerzas, le hincharon con una vana espe-